



ALGO RARO EN EL AIRE

Sobre la vibración tóxica del Antropoceno

Manuel Tironi

Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile

| metironi@uc.cl |

Resumen

Puchuncaví es un territorio de la costa central de Chile tristemente conocido por la intensidad de su contaminación industrial. Allí la vida humana está marcada por una experiencia somática tan persistente como ambigua: la de sentir *algo raro en el aire* –literalmente, la experiencia de una atmósfera que envuelve, irrita y oprime. Se trata de una afectación tenue que apenas sobrepasa el umbral de la percepción, pero que sin embargo cifra de manera sistemática la fenomenología sensorial de los habitantes de la zona. ¿Pero qué es *exactamente* lo que se siente en Puchuncaví? A medio camino entre una bitácora etnográfica y una especulación teórica, en este breve ensayo exploro una posibilidad: que eso que se siente en Puchuncaví sea, más que simples toxinas en suspensión, una *vibración* –un campo energético compuesto en partes iguales por procesos químicos y estados anímicos, metaloides venenosos y descuidos crónicos, una quimiosfera y una psicosfera formando un particular envoltorio tóxico. Este aire enrarecido de Puchuncaví nos enfrenta a dos imperativos teóricos. Primero, nos invita a pensar los humores y afectos como objetos aprehensibles somáticamente, y por tanto a revisar la separación entre psique y cuerpo. Y segundo, el campo vibracional de Puchuncaví nos invita a pensar sobre las capacidades acondicionantes del capitalismo industrial y sobre el Antropoceno como la construcción de un tipo particular de ánimo atmosférico.

Palabras Claves:

Puchuncaví, Vibración Tóxica, Atmósferas Afectivas, Antropoceno.



*I get a bad taste in my mouth out here...
aluminum, ash, like you can smell a psychosphere.*

–. Rust Cole, *True Detectives*

1. Nubes

Septiembre del 2015. Era una mañana nublada. Humo, niebla, polvo. En Puchuncaví es difícil discernir dónde están las fronteras atmosféricas entre uno y otro. Un envoltorio enrarecido. Un aire extraño. Habíamos viajado junto a un grupo de investigadores extranjeros para mostrarles más de cerca la realidad de una zona de sacrificio¹. No era mi primera vez en Puchuncaví. Hace cinco años que voy regularmente a la zona. Es decir, aunque no he estado expuesto por largos períodos de tiempo al exceso químico de Puchuncaví, tampoco soy un novato para su atmosfera tóxica. A estas alturas, podría esperarse que mi sistema inmuno-endocrino se hubiese afinado química y somáticamente a su particular composición atmosférica. Pero no lo ha hecho. Mi cuerpo no se ha sintonizado a su hábitat gaseoso. Por el contrario, cada vez que visito Puchuncaví no puedo evitar una particular sensación de estar envuelto en sustancias tan invisibles como malignas. A veces no puedo dejar de sentirme, como en esa sombría mañana, *suspendido* en Puchuncaví, suspendido en el tiempo, en la acción y en metaloides. Suspendido como una condición tanto somática como política (Choy y Zee, 2015). Y no soy sólo yo. Recuerdo una de mis últimas visitas. Estábamos en la localidad de Los Maquis, ya casi saliendo del valle de Puchuncaví, que es por donde sube y se concentra la pluma de la fundición. Paseaba con Gloria, vecina del

¹ Hace más de 50 años se instaló en la localidad de Ventanas, una pequeña caleta de pescadores en la comuna de Puchuncaví, la fundición de cobre más grande de Chile. El Complejo Industrial Ventanas (CIV) hoy acoge más de 14 industrias petroquímicas y 4 termoeléctricas, formando una de las zonas más contaminadas de Chile.



lugar, mientras me mostraba sus limoneros y paltos. Era mediodía. De pronto Gloria mira hacia las colinas y dice con una expresión a medio camino entre la preocupación y la emoción: “¡Mire! Esa es la nube, de la que le hablaba antes, la que viene de la fundición, ¿vio que es azulada? Eso es tóxico.” Y sí, allí estaba, acechándonos, una presencia volátil pero concreta, la nube que enfunda la vida en Puchuncaví. Y que me acompañaba, de nuevo, esa lúgubre mañana primaveral.



Imagen 1. Doña Gloria y la Nube

En este breve ensayo, cruce entre nota etnográfica, relato personal y especulación teórica, narro lo que viví en esa visita a Puchuncaví. Y lo hago para ensayar una idea. Me interesa discutir hasta qué punto lo que se siente en Puchuncaví, ese aire raro, no es solamente el efecto de contaminantes atmosféricos o micro-partículas en suspensión, sino la



constitución de una *vibración*: un campo energético o acondicionamiento ambiental cuya realidad fenomenológica se coagula en y por la acción pre- y trans-personal de emociones, intensidades y afectos colectivos. En el habla cotidiana nos referimos a ‘climas’, ‘ambientes’ y ‘atmósferas’ (cargadas, densas o festivas) para indicar los modos en que la existencia se palpa corporizada y colectivamente. Usamos esta particular gramática climatológica para señalar la capacidad de ánimos y humores para generar una afectación que es tan subjetiva como objetiva –una experiencia que emerge de la percepción individual pero que se despliega como una presión somática concreta y grupalmente vivida. Sostengo que en Puchuncaví, un territorio sometido a cinco décadas de sufrimiento ambiental y político, lo que se siente en el aire es también una atmósfera afectiva. Una energía. Un humor. Una (mala) onda. El aire raro de Puchuncaví es una fuerza envolvente conformada en partes iguales por procesos químicos y estados anímicos, por metaloides venenosos y descuidos crónicos, por contaminantes en suspensión y sufrimientos sostenidos, por una quimiosfera y una psicoesfera que dan forma a un particular envoltorio tóxico.

Fiel al espíritu especulativo que anima este ensayo, iré despacio y siguiendo una ruta más experiencial que académica. Contaré lo que sentí, observé y viví en esa visita a Puchuncaví. Las reflexiones teóricas se colarán para ir enriqueciendo las materias, situaciones y afectaciones que irán apareciendo, y para dibujar la particular climatología de Puchuncaví, la que, sugiero, es también la de la nueva era planetaria que se abre con la destrucción ecológica.



2. Tóxicos

La vida en Puchuncaví está químicamente acondicionada. Los metales se corroen a velocidades insospechadas, las plantas se comportan de formas extrañas y los cuerpos —humanos o no— sufren todo tipo de alteraciones. Algo raro hay en el aire, pero la fenomenología de su efecto es tenue. La intoxicación en Puchuncaví es como un ruido de fondo desplegándose al ritmo de la propia vida (Povinelli, 2011); como una sensación frágil que se juega más en pequeñas señales corporales que en la dramaturgia de la evidencia médica (Shapiro, 2015). Una sensación que, no excluyo, puede estar relacionada con los privilegios a los que ha sido objeto mi cuerpo de clase alta santiaguina, pero que no por eso es una sensación menos concreta y angustiante. Es la experiencia de estar envuelto en sustancias volátiles que afectan mi cuerpo por debajo de la línea de perceptibilidad técnica, pero que lo hacen ubicuamente, de manera completa y asfixiante. Un envoltorio, un clima, un soplo que cubre la existencia. Y que la intoxica.

Es interesante y provocador pensar la particular climatología de Puchuncaví desde la esfereología de Peter Sloterdijk. Para el filósofo alemán la existencia está siempre sostenida por un *topos*, envuelta en y por interiores, dentro de entornos que permiten la ‘vitalidad’ de la vida. No se trata sólo de una observación fenomenológica sino del principio ontológico de que los seres humanos son una forma diádica de ser: el yo es siempre, al menos, dos. El ser es siempre ser-con-otros: “sobrevivimos por la generosidad y gratitud del Otro, que nos acoge, nos nutre, nos da una morada y un refugio. Nacemos de alguien, y alguien nos recibe. Somos amados y somos amantes. Llegar al mundo es una forma de acoplamiento; Ser-con es un ser-con-otro que forma una pareja” (Elden y Mendieta, 2009: 6). Esta pareja —el ser y eso otro que lo sostiene— es la forma más primordial de climatología: un interior “morfo-inmunológico”



que le permite a los humanos “continuar sus procesos generacionales y avanzar sus individuaciones” (Sloterdijk, 2011: 46). De la placenta a la vivienda y el capitalismo, nuestra vida se hace posible en atmósferas, literalmente en ‘esferas de vapor’, envoltorios gaseosos que nos permiten respirar e inocularnos de la abismal extrañeza circundante. Vivimos, dicho de otra manera, climáticamente acondicionados (Cordua, 2017).

Pero en Puchuncaví este acondicionamiento también mata. Su atmósfera da la vida, y también la quita. Lo hace con parsimonia, sin estruendos ni espectacularidades, a la velocidad etérea e indefinida del aire y la respiración (Bachelard, 1988), pero no por eso menos sistemáticamente. Sloterdijk (2009) ha discutido la ruptura del interior inmunológico, bajo la figura del atmo-terrorismo, o sea, atentados atmosféricos como ataques al *medium* de la vida. Pero en Puchuncaví la situación es diferente. No es una destrucción de la atmósfera sino la coagulación de un clima venenoso. Una atmósfera afinada en clave tóxica.

La esfereología particular de Puchuncaví obliga, por tanto, a repensar qué es y cómo se siente la toxicidad. Originalmente relacionada a sustancias con la capacidad para debilitar la vida hasta llegar a la muerte, hoy lo tóxico no es reducible a la fisiología del veneno. Hablamos de amistades, capitales, relaciones, políticas o parejas tóxicas (Chen, 2012): cosas o relaciones que nos debilitan, ensucian o enferman. En Puchuncaví, de hecho, los propios vecinos hablan de sus “vidas tóxicas” como una manera de referirse a vidas que en el fondo parecen muertas. Porque, en efecto, en el centro de estas cuasi-vidas no están sólo los contaminantes que degradan sus existencias, sino también las negligencias institucionales que las han precarizado sistemáticamente. La toxicidad de sus vidas, para decirlo de otra manera, es química y política. Como vimos con Gloria en Los Maquis, la nube azulada es tóxica porque produce asma y mata vegetales. Lo es, también, porque dado que no hay



un hospital en Puchuncaví, Gloria debe viajar dos horas hasta la ciudad de Viña del Mar para tratar sus enfermedades respiratorias. Y porque nadie de la municipalidad o del Estado la intentó ayudar cuando la polución producida por el Complejo Industrial Ventanas (CIV) hizo imposible para ella seguir viviendo de la siembra y cultivo de la tierra. La nube es tóxica porque debilita la vida, y lo hace a través de una articulación afectiva y corporizada de daños fisiológicos, emocionales y económicos. Siguiendo a Sloterdijk, se podría decir que la atmósfera tóxica de Puchuncaví se configura cuando el Estado, ese Otro primordial para crear un interior inmunizado, descuida, desatiende y violenta. Una diada donde una de las partes aporta un halo de negatividad químico-política. Lo que se crea es un clima, una esfera, un vapor que cubre la existencia pero que, como en una casa embrujada, también la maltrata.

3. Psicoquímica

Lo que se siente en Puchuncaví, espejito, es precisamente esa atmósfera tóxica que es a su vez una amalgama mitad gaseosa mitad política, mitad material mitad emocional. Un *mood* que se cuaja en el espacio intersticial entre la irritación y la imaginación, entre la degradación química y el abandono institucional. Si las atmósferas, dice Sloterdijk, son compuestos psico-afectivos, en Puchuncaví esa fuerza espectral puede palpase somáticamente.

Volvamos a nuestra visita. Recogimos a David en Ventanas y nos encaminamos hacia el sur, él en su camioneta y nosotros en la van que nos había traído desde Santiago. Conozco a David hace unos cuatro años. David es vecino y fundador del Consejo Ecológico de Puchuncaví, el primer y más importante grupo activista de la zona. David nos tenía un "tour" especialmente preparado. Salimos de Ventanas hacia el sur y nos



internamos por el Complejo Industrial Ventanas a través de carreteras laterales, todas ellas de tierra y la mayoría surcadas para (y por) el uso de camiones que transitan incesantemente por ahí. Mientras conducíamos pasaban ante nosotros inmensos bodegones, infraestructuras desescaladas y terrenos baldíos defendidos con alambre de púas –mucho alambre de púas protegiendo algo invisible a nuestros ojos e imaginación. Finalmente llegamos al mar, al lugar que David quería mostrarnos: un extraño punto en la zona de Loncura, en la mitad de la bahía de Quintero, en medio de tuberías gigantescas, almacenes y maquinarias para la producción petroquímica. Allí parado la sensación era removedora: equidistantes de Ventanas por el norte y de Quintero por el sur, no sólo podíamos apreciar en toda su magnitud la escala del CIV; sino que también podía palpar cómo se siente estar rodeado por el mismo. Era sofocante. La inmensidad del Océano Pacífico se extendía frente a nosotros y la brisa fresca del mar revoloteaba a nuestro alrededor, pero no podía evitar una sensación de reclusión. Me volvía a sentir suspendido –enredado en y por las extrañas fuerzas de los productos químicos, la corrosión, la violencia industrial y el abandono, todas ellas entrelazadas entre sí. “Esta era una playa muy bonita”, dijo David mirando la larga costa intervenida por gaseoductos masivos. El pretérito, la referencia a un pasado irremediable que chocaba brutalmente con la alienación de lo actual, reforzaba la sensación de estar inmerso en una puesta en escena espeluznante, encerrado en una película sobre fantasmas, ruinas y arsénico, atrapado en una versión de chernobilesca de “The Truman Show”. La suspensión como una forma de ahogo.

En condiciones normales el aire de la Tierra está compuesto por oxígeno (O₂), nitrógeno (N₂), dióxido de carbono (CO₂) y vapor (H₂O). Diversas fuentes pueden contaminarlo, agregando a la mezcla arsénico, plomo, policlorobifenilos (PCB), BTEX y otros compuestos inorgánicos volátiles. La exposición a estos contaminantes pueden producir una serie



de problemas fisiológicos en el ser humano, cuya sintomatología va desde las náuseas, irritaciones y asfixias hasta colapsos en el sistema nervioso, descomposiciones cardiovasculares y la muerte. Es decir, nuestro cuerpo, compuesto en un 96% por exactamente los mismos químicos que el aire, reacciona somática y sensorialmente a la vida química que le rodea.

Recordando la sensación de esa mañana, ahí parado en Loncura, rodeado por el CIV, me pregunto, sin embargo, si nuestro cuerpo también reacciona a otras energías y fuerzas envolventes, y no sólo a las químicas. O si estas fuerzas también pueden tener capacidades hápticas. Me pregunto, por ejemplo, si el abandono puede convertirse en una experiencia sensorial. O el descuido. O la injusticia. Y si estas sensaciones psicoquímicas pueden experimentarse colectivamente.



Imagen 2. Petroquímica



Recuperando la famosa alusión de Marx, realizada en su discurso para el cuarto aniversario del *Chartist People's Paper* en 1854, a la “atmósfera revolucionaria” que se sentía en Londres, Ben Anderson (2009) nos recuerda que, efectivamente, los ánimos se sienten. Las atmósferas afectivas, como las llama, son sensaciones corporizadas que se ejecutan y coagulan “en las dimensiones pre- y trans-personales de la vida afectiva y de la existencia cotidiana” (Anderson, 2009: 77). Intensidades –aburrimientos, excitaciones, temores– que se transmiten y viven colectivamente fuera de cualquier reflexividad. Me interesa particularmente resaltar la capacidad de las atmósferas para sentirse colectiva y corporizadamente. Me interesa resaltar, siguiendo a Anderson, que nuestra vida cotidiana está llena de momentos en los que podemos palpar que “algo raro hay en el aire”. De hecho el aire ha sido siempre un vector de emociones, sentimientos y energías. El siglo XVIII, cuando nace la idea científica de ‘atmósfera’ como una entidad compleja y experimentable, fue pletórico en prácticas que reconocieron las capacidades energéticas del aire. Desde la teosofía y el mesmerismo hasta las nuevas teorías etéricas y psico-metereológicas, el aire fue entendido como un fluido que transmitía señales y fuerzas psicoactivas (Connor, 2010).

Si las atmósferas transmiten y generan energías es porque hay algo que emite dicha fuerza vibracional. Esta idea no es nueva. El hinduismo, el taoísmo y varias formas de animismo reconocen a las cosas como entidades vibracionales. Alfred N. Whitehead (1979 [1929]) va aún más lejos y le otorga a las cosas la capacidad de sentir y ser sentidas, entendiendo el “sentir” (*feeling*) como la posibilidad de ser afectado o cambiado. La roca en el río y el agua que por éste corre se sienten mutuamente. En la medida que todos los seres están siendo relacionamente afectados por todo lo que los rodea, para Whitehead la realidad es un infinito campo energético.



Jane Bennett (2010) narra una escena que resuena con esta propuesta. Cuenta que después de una tormenta, caminando por su barrio, y sin ninguna intencionalidad particular, se encontró con una imagen que podría repetirse en cualquier parte del mundo: sobre la parrilla de un desagüe de alcantarillado yacían inmóviles una rata muerta, un palo de madera, un guante de plástico, un montón de polen y la tapa de una botella de agua. Cuenta Bennett que la escena le produjo consternación, y no por lo que estas cosas puedan significar simbólicamente (muerte, industrialismo, crisis ambiental, etc.), sino precisamente porque emitían una fuerza de suyo propio que sobrepasaba su simbolismo. La cosa, dice Bennett, exhibía un poder, un poder-de-la-cosa [*thing-power*]: la cosa “emitía una llamada, incluso aunque no entendiera bien lo que estaba diciendo. Por lo bajo, me provocó afectos” (Bennett, 2010: 4).

Nada evita que las ideas, en tanto cosas, también ejecuten los poderes vibratoriales identificados por Bennett. Como dice Isabelle Stengers (2010), las ideas –y las emociones, afectos y eferescencias– son clave para entender qué es lo humano, pero en estricto rigor no son humanas: son fuerzas eróticas que atraen, repelen y acechan al –pero que no son el– pensamiento ni dependen del sujeto de éste. Graham Harman (2012; 2017) sugiere que la realidad de las cosas nunca es completamente explicada ni su existencia se agota en las relaciones que establecen con las prácticas y conocimientos humanos. Lo mismo parece correr para las ideas y otras fuerzas metafísicas: están siempre en exceso respecto a quienes las emiten, representan o movilizan. La figura de la atmósfera afectiva de Anderson sugiere lo mismo. Cuando Jacinto Requena, personaje de *Detectives Salvajes* de Roberto Bolaño, dice que “la atmósfera en un momento determinado se volvió tan frágil, tan sostenida por agujas, que yo pensé estos pendejos deben saber algo que yo no sé, aquí pasa algo raro” (1998: 190), hace referencia a una



sensación que era suya pero que al mismo tiempo le sobrepasaba; era una sensibilidad de él pero al mismo tiempo de la propia situación. La fragilidad de Bolaño o la revolución de Marx son entidades metafísicas que, para decirlo con Derrida (1976; 1994), son *promisorias*: están siempre más allá de su actualidad, y por tanto de su apropiación humana.

En definitiva, emociones o sentimientos colectivos, afectaciones territoriales y sufrimientos grupales como los vividos en Puchuncaví también pueden develar un *thing-power*. También vibran, también están en el aire interactuando somáticamente con cuerpos y terminales nerviosas, especialmente en lugares sometidos a décadas de daño industrial. Si el capitalismo es un hechizo (Pignarre y Stengers, 2011), me pregunto si ese hechizo se puede sentir sobre gargantas, fosas nasales y tejidos, si puede emitir una llamada física, un poder-de-la-cosa, si puede marearnos e inmiscuirse en nuestros equilibrios químicos. Me pregunto sobre la toxicidad social o política no como una metáfora sino como una fuerza que, como un espíritu en pena, se fija espacialmente y acondiciona el sensorium.

4. Quedarse con el problema

Después de la visita a la bahía de Quintero nos dirigimos al edificio municipal de Puchuncaví. Hacía frío y la mañana seguía gris. El director de la Oficina del Medio Ambiente y su equipo nos habían preparado una presentación: una explicación histórica de cómo Puchuncaví pasó de ser una zona rural y aislada a el complejo industrial más grande del país. La presentación era rica en detalles políticos y toxicológicos. Un relato de más de cincuenta años de (des)regulaciones e intervenciones estatales que han convertido a Puchuncaví en un territorio tóxico. El director nos introdujo a todos los informes científicos, reportes regulatorios y documentos legislativos que dejaban constancia del colapso ambiental de



Puchuncaví. Por el telón iban desfilando datos e imágenes: la construcción de la planta de fundición en la década del 1960; fotografías de veraneantes en los años 1970s vacacionando en una playa de Ventanas cubierta de humo; el primer estudio toxicológico a finales de los 1980s que confirmaba la alarmante concentración de arsénico en cuerpos humanos; la cadena de los informes encargados por el Ministerio de Salud en la década de los 1990s que identificaban niveles inusuales de sustancias tóxicas en los mejillones, erizos y ostras que los pescadores intentaron cultivar una vez que la pesca desapareció de la bahía; la desconcertante aprobación de la Cámara de Diputados para la expansión del CIV a principios de los 2000s; la aprobación de una gran planta termoeléctrica después de una oscura intervención de última hora de la propia presidenta de Chile en 2009; y el peak de NO₂ en 2011 que dio lugar a una intoxicación masiva de 20 alumnos y 7 profesores en la escuela de La Greda.

Mapas, gráficos y fotografías ilustraban lo que parecía la crónica de una catástrofe, un relato sobre cosas que van inextricablemente de mal en peor. Después de la presentación teníamos un tiempo para preguntas, pero un incómodo silencio se apoderó de la sala. Miré a mis colegas. Algo, de nuevo, flotaba en el aire. Estaban congelados. Paralizados. Y no podía culparlos. ¿Quién puede preguntar nada ante un desastre tan inconmensurable? ¿Qué podría añadir una pregunta a la legibilidad (o a la reparación) de lo que se estaba invocando esa mañana? ¿Cómo podría una pregunta no manifestar la distancia abismal que se extendía entre nuestras existencias privilegiadas y las “vidas tóxicas” de aquellos atrapados en la horrible historia contada por el funcionario municipal? Era como si para “quedarnos con el problema” (Haraway, 2016) —es decir, para intentar evitar la objetivación del asunto que se nos presentaba— lo que se necesitaba era un gesto de solidaridad, o incluso un momento de silencio, cualquier cosa menos preguntas: la situación parecía exigir



actuar, sentir o curar, cualquier tipo de compromiso que no fuese conocer, una forma de interacción racional y discursiva que desafinaba en la atmósfera de la sala.



Imagen 3. Ventanas

Insisto: los afectos e ideas, energías etéreas que como cosas afectan y son afectadas, pueden crear atmósferas psicoactivas, campos vibracionales que se sienten como en esa mañana. Los estados anímicos, humores o *zeitgeists* también tienen capacidades energéticas, vitalidades de suyo propio, poderes-de-la-cosa. No estamos en/sobre el mundo sino dentro de él, rodeados de cosas –entre ellas una infinidad de intensidades afectivas– que a través de nuestra capacidad sensorial nos irritan, seducen, afectan y



alteran (Csordas, 1993). Insisto: me pregunto si en lugares como Puchuncaví y en momentos como esa reunión se puede sintonizar somáticamente tanto a los efectos como a las causas del capitalismo petroquímico. Tal vez en Puchuncaví es imposible separar entre los químicos que contaminan la atmósfera y la intrincada red de negligencias estatales, triunfalismo industrial e injusticia social que los producen. No la negligencia o la injusticia en tanto concepto politológico, sino como experiencias eróticas y afectivas, como metafísicas recalcitrantes y de largo aliento. La sustancia y su fuente, el patógeno y su vector se entrecruzan para crear una sensación tóxica que es al mismo tiempo química y política, somática y cultural. Un logro increíble del capitalismo industrial: la creación de una vibración, un aura, un campo energético.

Finalmente alguien preguntó sobre el mandato de la Oficina del Medio Ambiente y sus capacidades reguladoras para detener, o al menos mitigar, la contaminación ambiental en la zona. “Ninguna” fue la respuesta. En el sistema chileno altamente centralizado, se nos explicó, los gobiernos locales tienen poca o ninguna incidencia en las evaluaciones y regulaciones ambientales. Además, el CIV es un distrito industrial especial cuya normativa urbana tienen que ser enmendada a nivel estatal y, por lo tanto, con aprobación del Congreso. En principio los gobiernos municipales pueden solicitar y hacer *lobby* para ajustes específicos de planificación. Pero los municipios chilenos se encuentran en un estado tan extremo de privación material y profesional, con escasos recursos para poco más que el mantenimiento básico de los servicios municipales, que la prospección y diseño de políticas está muy lejos de su alcance técnico.

Una atmósfera extraña volvió a llenar la sala. Si la presentación revivió la sensación omnipresente de abandono y descuido vivida en nuestra visita a la bahía de Quintero, las preguntas y respuestas la estaban intensificando. Estar atrapado, estar separado, no ir a ninguna parte. Eso



era, de nuevo, mi sensación en esa sala, y estoy seguro que también era la del director de la Oficina.

5. Raúl

Al director de la Oficina del Medio Ambiente, a quien llamaremos Raúl, lo conozco desde el 2012. Biólogo marino de profesión, fue uno de los primeros activistas en Puchuncaví con estudios universitarios. Raúl se acercó a la catástrofe de Puchuncaví cuando fue contratado por una ONG a principios de los 1990s para trabajar con la comunidad de pescadores luego de que los peces desaparecieran de la bahía. Luego fundó el Consejo Ecológico de Puchuncaví junto a David y otros socios, el primer colectivo activista en ganar atención política. Hace un par de años Raúl se unió a la Oficina tentado por la posibilidad de hacer cambios desde dentro y por la perspectiva de un salario mensual después de afrontar durante demasiado tiempo la precariedad del activismo.

Me reuní con Raúl apenas empezaron mis acercamientos al caso de Puchuncaví. Recuerdo particularmente una conversación que tuvimos en Ventanas. Un colega de Barcelona de visita académica vino conmigo. Ya estaba oscuro. Nos reunimos en casa de otro activista. La casa de madera, colgando sobre el cerro, miraba a la bahía y al CIV. Llevamos un paquete de maní para compartir y Raúl compró una botella XL de Coca Cola. Estuvimos algo más de una hora conversando, en la que él encadenó un cigarrillo tras otro. Todavía recuerdo su escepticismo y su desencanto. Ya trabajaba para el municipio pero (o por lo mismo) no se podía extraer ni un poco de esperanza de sus palabras. Durante la mayor parte de la conversación pudimos sentir en sus respuestas una sutil ironía mezclada con desconfianza, sorna y rabia. Como esperando el engaño, el momento epifánico en el que develaríamos nuestras verdaderas



intenciones e ideologías –académicos en su torre de marfil, demasiado ingenuos, protegidos y con demasiados intereses de clase para reconocer abiertamente los esqueletos en el armario de la democracia liberal.

Sin embargo, fue una gran conversación. La desconfianza se fue disipando y, por lo que nos iba contando, nos empezamos a dar cuenta de que había visto demasiadas miserias en su etapa como activista para conversar ligeramente sobre el desastre de Puchuncaví. “Puchuncaví está condenado”, dijo en cierto punto de la conversación encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior. Y como en una enunciación performativa, la invocación de la maldición ayudó a crearla. El hechizo maligno, la toxicidad psicoquímica de Puchuncaví nos envolvía de nuevo: una fuerza enrarecida que respiraba, otra vez, sobre nosotros, la misma fuerza mitad médica mitad sociológica que se siente en todas partes en Puchuncaví. No era sólo la atmósfera sombría provocada por sus palabras distópicas; era más bien como si el sufrimiento ambiental y el descuido político del que daba cuenta en su relato se hubiese fusionado con los metaloides en el aire para coagular una energía densa que ni siquiera la brisa marina de esa tarde podía disipar. Esa noche también sentí la nube psicoquímica de Puchuncaví. Era la misma energía que descendió sobre nosotros en el edificio municipal la mañana de nuestra visita. La energía que llegué a asociar con la atmósfera tóxica de Puchuncaví.

6. Gaia

En algún momento, entre la visita a Loncura y la reunión en el edificio municipal, David nos llevó a Los Maitenes, a un par de kilómetros del CIV, a ver uno de los 21 vertederos ilegales de cenizas y otros residuos tóxicos que existieron por décadas en la zona. Como pudimos observar,



estos desechos, sedimentados o derechamente vertidos en el suelo durante más de cincuenta años, han agregado una nueva membrana a la geología (y degradación) de la zona.

No deja de ser perturbador pensar que si lo que se siente en Puchuncaví es la climatología tóxica del capitalismo petroquímico, entonces no habría que descartar una globalización vibracional, un envolvente psicoatmosférico a escala planetaria. Es decir: si el Antropoceno indica la era geológica post-Holoceno marcada por la corrupción irreversible de los sistemas biofísicos de la Tierra fruto de la acción humana, entonces la atmósfera afectiva de Puchucaví es un efecto más amplio de una nueva configuración geofísica. Una condición psicoactiva de la geología. El Antropoceno no sólo como una transformación del *geo* y el *bios* sino también del *soma* como la irrupción de una intensidad sensorial y colectivamente experimentada.

Viendo las cenizas de petcoke y los residuos de la fundición (probablemente con plomo en exceso) en el vertedero de Los Maitenes, se vuelve interesante pensar el caso de Puchuncaví a la luz del Antropoceno. Más allá de las críticas que ha recibido el concepto (cf. Haraway, 2016), la figura del Antropoceno ha posibilitado situar a la humanidad en una escala planetaria, e incluso cósmica, que las ciencias, incluyendo las sociales, no habían reconocido (Clark y Gunaratnam, 2016). Esta ubicación es temporal –la humanidad como evento dentro de la *long durée* de la historia de la Tierra– y también causal. La propuesta central del Antropoceno es que independiente del marcador elegido –la agricultura, el industrialismo, el desarrollo nuclear o la ‘gran aceleración’ post-WWII–, la acción humana ha *afectado* geológicamente a la Tierra (Lorimer, 2016). Esto implica comprender el capitalismo agro-industrial como fuerza que interactúa no con ecosistemas discretos sino que con el planeta como unidad biofísica.



Esa parece ser la clave: la Tierra como sistema integrado. De la naturaleza a Gaia (Latour, 2011), y Gaia como un equilibrio homeostático entre la atmósfera y la biosfera (Lovelock, 2000 [1979]). El Antropoceno nos señala que el capitalismo agro-industrial modificó la Tierra, y Gaia añade que la Tierra es un complejo enmallado de sistemas interconectados que se co-modifican. Como un organismo, o al menos como una entidad dúctil con capacidades dinámicas, la hipótesis de Gaia sostiene que la vida orgánica sobre la Tierra depende de las condiciones atmosféricas en ésta, las que a su vez dependen del funcionamiento biosférico. O sea, lo que sucede en los aires está vitalmente conectado con lo que sucede en los suelos, y viceversa.



Imagen 4. Geología



Me pregunto, entonces, recordando las trazas geológicas dejadas por los tóxicos en Los Maitenes, si en el Antropoceno Gaia también puede producir una vibración, una vibración tóxica que se siente atmosférica y planetariamente. Una *zeitgeist* psicoquímica. No creo que Puchuncaví sea el único territorio donde algo raro hay en el aire. Otros territorios dañados por décadas o siglos de violencia colonial o industrial deben sentir la misma atmósfera tóxica que cubre a Puchuncaví. Si esta violencia es la que está detrás del Antropoceno, entonces la vibración enrarecida debe ser su correlato afectivo. Lo que se siente en Puchuncaví debe ser el *feeling* del Antropoceno. Puesto de otra manera: si lo que está modificando los sistemas atmosféricos y biosféricos y, por tanto, los equilibrios homeostáticos de la Tierra al punto de inaugurar una nueva era geológica, son las toxicidades químicas y políticas como las vistas en Puchuncaví, entonces no descarto que el Antropoceno también sea un asfixiante interior: un clima o estado de ánimo envolvente constituido por excesos químicos y degradaciones biofísicas, así como por los procesos políticos que las hicieron posibles y los sufrimientos que provocaron en seres humanos y no-humanos.

Bibliografía

Anderson, Ben (2009). "Affective atmospheres", *Emotion, Space and Society* 2: 77-81.

Bachelard, Gaston (1988). *Air and Dreams: An Essay on the Imagination of Movement*. Dallas, Dallas Institute Publications.

Bennett, Jane (2010). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham, NC, Duke University Press.

Bolaño, Roberto (1998). *Los detectives salvajes*. Barcelona, Anagrama.



Chen, Mel (2012). *Animacies: Biopolitics, Racial Mattering, and Queer Affect*. Durham, NC y Londres, Duke University Press.

Choy, Timothy and Zee, Jerry (2015). "Condition—Suspension", *Cultural Anthropology* 30 (2): 210-223.

Clark, Nigel and Gunaratnam, Yasmin (2016). "Earthing the Anthropos? From 'socializing the Anthropocene' to geologizing the social", *European Journal of Social Theory* 20 (1): 1368-4310

Csordas, Thomas (1993). "Somatic Modes of Attention", en *Cultural Anthropology* 8: 135-156.

Connor, Steve (2010). *The Matter of Air: Science and Art of the Ethereal*. London, Reaktion.

Cordua, Carla (2017). "La Esferología de Peter Sloterdijk", *Cuadernos de Teoría Social* 4 (2): 9-27.

Derrida, Jacques (1976). *Of Grammatology*. Baltimore, John Hopkins University Press.

Derrida, Jacques (1994). *Spectres of Marx: The State of the Debt, the working of Mourning, and the New International*. Londres y Nueva York, Routledge.

Elden, Stuart and Mendieta, Eduardo (2009). "Being-with as making worlds: the second coming of Peter Sloterdijk", *Environment and Planning D: Society and Space* 27 (1): 1-11.

Harman, Graham (2012). *Towards Speculative Realism. Essays and Lectures*. Oxon, Zero Books.

Harman, Graham (2016). "Decadencia en el Sentido Biográfico. Tomando Distancia de la Teoría del Actor-Red", *Cuadernos de Teoría Social* 4 (2): 50-68.



Haraway, Donna (2016). *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Durham, NC, Duke University Press.

Latour, Bruno (2011). "Waiting for Gaia. Composing the common world through arts and politics". http://www.bruno-latour.fr/sites/default/files/124-GAIA-LONDON-SPEAP_0.pdf. (recuperado el 18 Enero, 2017).

Lorimer, Jamie (2016). "The Anthro-po-scene: A guide for the perplexed", *Social Studies of Science* (Online First).

Lovelock, James (2000) [1979]. *Gaia: A New Look at Life on Earth* (3rd ed.). Oxford, Oxford University Press.

Pignarre, Phillipe y Stengers, Isabelle (2011). *Capitalist Sorcery: Breaking the Spell*. London, Palgrave Macmillan.

Povinelli, Elizabeth (2011). *Economies of Abandonment: Social Belonging and Endurance in Late Liberalism*. Durham, NC, Duke University Press.

Shapiro, Nicholas (2015). "Attuning to the Chemosphere: Domestic Formaldehyde, Bodily Reasoning, and the Chemical Sublime", *Cultural Anthropology* 30 (3): 368–393.

Sloterdijk, Peter (2009). *Terror from the Air*. Los Angeles, CA, Semiotext(e).

Sloterdijk, Peter (2011). *Spheres I: Bubbles*. Cambridge, MA, MIT Press.

Stengers, Isabelle. (2010). "Including nonhumans in political theory: Opening Pandora's Box?", en Bruce Braun y Sarah Whatmore (eds.) *Political Matter: Technoscience, Democracy and Public Life*. Minneapolis, University of Minnesota Press: 3-33.

Whitehead, Alfred N. (1979 [1929]). *Process and reality*. New York, Free Press.